CAPÍTULO I

Condado de Serranublada, Ríoclaro, Al-Ándalus

Noviembre, 1444

Inés subió corriendo la empinada escalera de piedra que conducía a los aposentos de su padre: el conde don Sancho de Serranublada. Estaba aterrada. Bermudo, el criado de confianza de la familia, le había dicho que la esperaba impaciente en su habitación para hablar de una cuestión de vital importancia.

Inés se preguntaba qué asunto ocuparía en aquel momento la pérfida cabeza de su progenitor: el conde nunca tenía nada en particular que decirle; normalmente, su llamada solo ocultaba una excusa para descargar su ira y frustración con ella.

A medida que se acercaba a la puerta, Inés aminoró el paso y sintió su corazón acelerado a punto de estallar. Se preguntaba cuánto tiempo más podría soportar una situación tan aberrante.

La hija del conde de Serranublada imaginó la escena que iba a volver a vivir y que venía repitiéndose una vez tras otra: como era habitual, encontraría a su padre borracho como una cuba. Con la mente nublada por el exceso de alcohol, la arrastraría con fuerza hacia la cama, donde le arrancaría la ropa e intentaría propasarse con ella.

Al principio, Inés había intentado defenderse con toda la fuerza de la que era capaz, pero con el tiempo había descubierto que salía menos malparada si fingía aceptar los deseos de su padre.

Don Sancho nunca había llegado a consumar el acto incestuoso con su hija. En el último momento, al verla desnuda e indefensa, tumbada sobre el colchón, recapacitaba y la apremiaba para que volviera a vestirse. Pero su furia nunca acababa ahí y, antes de dejarla marchar, se quitaba el cinturón y la emprendía a golpes con ella.

Inés se acostumbró a soportar estoicamente los azotes sin sentido que le propinaba un padre enloquecido, y él, cuando conseguía calmarse, se dejaba caer en el sillón, arrepentido, le pedía perdón y le urgía a que se vistiese y abandonara la estancia.

Aquel comportamiento absurdo y cruel se había prolongado durante cuatro años, desde el mismo día del fallecimiento de su madre, poco después de que Inés cumpliera doce. Hasta entonces, la familia había sido relativamente feliz.

Don Sancho aprovechaba la ausencia de sus hijos mayores para descargar contra su única hija la rabia que sentía por el fallecimiento de su mujer: sabía que, de haber estado ellos presentes, le habrían desafiado y habrían defendido a su hermana a muerte.

El conde culpaba a Inés de la muerte de su esposa porque esta se había lanzado delante de un carruaje que circulaba a gran velocidad para salvar a su hija de ser atropellada: al cruzar la calle, la niña había tropezado con una piedra y se había dado de bruces contra el suelo delante de la puerta del castillo. La mujer sucumbió bajo las patas de los caballos, pero consiguió librar a Inés de ser arrollada.

El conde de Serranublada era consciente de que su hija no tenía la culpa de lo sucedido, pero jamás la perdonó y, aunque nunca había sido un hombre amable y cariñoso, tampoco había sido el monstruo en que se había convertido.

Inés había considerado a menudo contar la tragedia que vivía a sus hermanos, pero era tan inconcebible que estaba

segura de que no la creerían sin pruebas y había optado por resignarse a su suerte.

Cuando la tortura a la que la sometía el conde se hizo insoportable, Inés decidió confesar su odisea a sus hermanos, pero era demasiado tarde: padre e hija recibieron la noticia de que habían muerto en el campo de batalla en el último enfrentamiento entre cristianos y musulmanes. Inés, desesperanzada, aceptó su destino.

–¿Me llamabais, padre? –preguntó la joven, atemorizada.

A Inés le sorprendió ver que el conde la esperaba leyendo un libro y parecía estar sobrio.

–Pasa y siéntate, querida.

Inés se remangó ligeramente la falda que cubría sus pies y se sentó en una silla que se hallaba a una distancia considerable de él. Esperó a que hablara, inmóvil y con una mueca de terror.

–Cualquiera diría que me tienes miedo –dijo el conde en tono sarcástico.

"Miedo no, pánico", pensó ella.

–Vos diréis, padre.

–No me andaré con rodeos, Inés. Tengo que darte una mala noticia: estoy arruinado.

–¿Qué queréis decir? –preguntó sorprendida.

–Lo que has oído; no tengo por qué darte más explicaciones.

Don Sancho dio la espalda a su hija, avergonzado. Había perdido su castillo y el modesto ejército que poseía, jugando al ajedrez con el joven conde Fernando de Roca, que había resultado ser un adversario implacable.

El conde de Serranublada se sentía humillado. Nunca se le habría ocurrido imaginar que el hijo del fallecido conde de Roca, a quien había derrotado por sistema y con una facilidad pasmosa, podría dejarlo en la más absoluta miseria.

Don Sancho siempre había considerado a Fernando, por su carácter tranquilo y agradable apariencia, un joven vanidoso y poco inteligente al que solo le importaba el ocio y la diversión.

Era obvio que había errado en su juicio. A regañadientes, había tenido que admitir que lo había subestimado y había comprendido que retarle había sido una de las mayores equivocaciones de su vida.

Don Sancho de Serranublada, que se consideraba un hombre de honor, aunque en realidad fuera un ser mezquino y perverso, estaba dispuesto a asumir su derrota y aceptar el compromiso de ceder sus posesiones, pero Fernando, en gran parte por el interés que tenía por Inés, no deseaba ver a su vecino en la ruina y había decidido perdonarle la deuda a cambio de que le concediera la mano de su hija. Agradecido, don Sancho había aceptado y había apalabrado el matrimonio.

Inés miraba expectante a su padre sin atreverse a alentarle a seguir hablando, pero la espera la tenía más angustiada que si hubiese empezado a golpearla y humillarla sin piedad, como había hecho en tantas ocasiones.

–Padre… –le apremió ella tímidamente.

–He acordado con el conde Fernando de Roca que te casarás con él dentro de tres semanas, tiempo estrictamente necesario para preparar los esponsales.

Inés se quedó boquiabierta. Las palabras de don Sancho, que en otras circunstancias habrían supuesto una liberación para su tormento, significaron un duro golpe para ella. Fernando era un muchacho atractivo y cortés, pero no estaba enamorada de él. Por mucho que ese matrimonio supusiese el fin de la convivencia con su maltratador, no estaba dispuesta a aceptarlo.

–Haré lo que vos tengáis en mente para mí, padre –repuso con fingida docilidad. Pero Inés tenía otros planes.

–Entonces no se hable más, puedes retirarte.

Inés dio media vuelta y comenzó a caminar, asombrada de que la dejase marchar sin más.

Sancho rio socarronamente.

–¿Tienes que irte tan deprisa?

–Yo, señor… –comenzó a decir ella, angustiada.

–Tranquila, Inesita. No volveré a ponerte la mano encima,

ni cariñoso ni iracundo. A partir de ahora perteneces al conde de Roca, vete.

Inés salió de la habitación y desanduvo el camino que conducía a su alcoba. No tenía más opción que actuar con rapidez: no estaba dispuesta a casarse con don Fernando y abandonar a Juan, el mozo de cuadras, a quien había jurado amor eterno.

Era temprano, calculó que el joven llevaría varias horas trabajando en las caballerizas.

Inés entró en su cuarto, hizo su equipaje y escondió bajo su abrigo un saco de monedas que había ido guardando a lo largo de su corta vida. Luego corrió por el pasillo que conducía al destartalado edificio colindante, donde vivían los criados, entró en el cuarto de Juan y puso en un saco algunas mudas y ropa de abrigo.

Al salir, cogió una tupida capa que encontró colgada de un gancho en la pared y se la puso sobre la suya.

Cargada como una mula, caminó con rapidez hacia la cocina y, sin ocultarse de los sirvientes, se proveyó de comida, agua y fruta. Era consciente de que los criados se preguntarían a dónde iba y para qué necesitaría tantas provisiones, pero no dirían nada. Al fin y al cabo, era la señora de la casa y no se atreverían a cuestionarle nada: aunque todos la observaban con curiosidad, nadie lo hizo.

Inés salió del castillo por una puerta lateral que desembocaba en un estrecho camino de tierra y piedras que conducía a las caballerizas y se presentó allí temblando de miedo. Le inquietaba que Juan no estuviera dispuesto a participar en el plan que había tramado repentinamente para ambos.

Inés entró en el establo y se echó en brazos del mozo de cuadras, a quien encontró cepillando cuidadosamente la crin del viejo caballo que había pertenecido a don Sancho y había sobrevivido, como él, a numerosas batallas y escaramuzas contra los musulmanes en su juventud.

–Tenemos que ser más cuidadosos, Inés, podría vernos alguien –susurró Juan, acariciando el largo y sedoso cabello rubio de la muchacha.

–Tienes razón, pero nadie me ha visto entrar.

–Eso espero, por el bien de los dos.

–Veo que sigues cuidando al anciano *Vencedor* como si fuera tu bien más preciado.

–Tengo cariño a este caballo y procuro mantenerlo en las mejores condiciones; temo que tu padre ordene cualquier día que lo sacrifique… –manifestó él, volviendo a su tarea.

–Mi padre es un malnacido. No dudes que lo hará en cualquier momento, puesto que ya no le es útil.

Juan no respondió a su comentario. Detestaba a don Sancho, pero Inés era su hija y no deseaba hacerla partícipe de su aversión hacia él.

–Inés, tu yegua está lista para tu paseo diario. Creía que vendrías más pronto. Es casi la hora de comer y no te dará tiempo a ir muy lejos…, aunque casi mejor. Cada día es más peligroso frecuentar los caminos, y peor aún si quien lo hace es una mujer.

–¿Lo dices por los moros?

–Y por los cristianos y salteadores de caminos…, eres demasiado temeraria.

–No me dan miedo, al único que temo es a mi padre. Voy a fugarme.

Juan se giró hacia ella y la miró, perplejo.

–¿Has perdido el juicio? Sé que no te llevas bien con él, pero no puedes irte. ¿Qué harías sola por esos mundos? Es muy peligroso y no quiero pensar lo que sería de ti si los hombres de don Sancho te encontraran, porque te encontrarían, Inés, y yo no podría hacer nada por ti.

Inés lo miró decepcionada. Le había ocultado lo cruel que podía llegar a ser su padre con ella porque le preocupaba que Juan fuera capaz de enfrentarse a él y había temido por su vida; ahora tenía la sensación de haber sido una ilusa.

–No era esa la respuesta que esperaba de ti. Mi idea no era irme sola, sino contigo. No me voy solo por el maltrato que recibo de ese miserable del que no sabes de la misa la media. Esta vez se trata de algo peor que nos concierne a los dos: si me quedo aquí, dentro de tres semanas seré la mujer del con-

de Fernando de Roca, es lo que mi padre quiere para mí.
Juan se quedó lívido. Inés sonrió aliviada al ver que la noticia le había afectado.

–¡¿Cómo?! No lo consentiré, Inés, tú y yo nos amamos por encima de todas las cosas, pero que nos marchemos me parece una locura –dijo abatido.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Cómo vas a impedir que me case con el conde si me quedo? Si le plantas cara a mi padre, te matará sin pensárselo dos veces.

–Tienes razón, soy un necio –dijo con tristeza, consciente de que aquel momento llegaría, tarde o temprano–. Ambos hemos sabido siempre que don Sancho no permitiría que te casaras conmigo. Por mucho que diga apreciarnos a mí y a mi familia, que lleva toda la vida a su servicio, soy un simple mozo de cuadras. He sido un imbécil porque albergaba la esperanza de que…

Juan interrumpió su discurso, avergonzado.

–¿De que nos dejara casarnos? –inquirió Inés.

–De que muriera en una de sus borracheras o sus batallas y tú fueras la dueña de tu vida –confesó.

–No te sientas culpable por desearlo. Yo también lo he pensado y he rogado a Dios y al diablo para que suceda cada vez que me humilla, me desnuda y me azota…

–¿Qué estás diciendo, Inés? –preguntó sorprendido, apretando los puños.

–La verdad. Si he callado hasta ahora o no lo he contado todo ha sido por ti, porque te quiero vivo y he decidido que huyamos juntos.

–¡Tu padre es un maldito miserable!

–Ya no tendremos de qué preocuparnos, Juan, lo he preparado todo para que por fin podamos ser libres. He cogido tu ropa y la mía y llevamos víveres para varios días y dinero suficiente para que podamos emprender una nueva vida en otro lugar donde nadie nos conozca. Tenemos que hacerlo ahora. En este momento, los soldados están ocupados con sus entrenamientos y los criados preparando la comida. Será fácil darles esquinazo. Lo más difícil ha sido llegar con el equipaje

hasta aquí, pero lo he logrado. Nos llevaremos a mi yegua *Esmeralda* y a este viejo caballo, al que tanto cariño tienes.

–Nos echarán en falta y saldrán en nuestra búsqueda, ¿no lo has pensado?

–Nadie conoce nuestro escondite en la cabaña abandonada del bosque. Hemos estado allí infinidad de veces y nunca hemos visto a nadie en varias leguas a la redonda.

Juan cogió a Inés de las manos con el semblante entristecido.

–¿Vas a decirme que no vienes conmigo? –preguntó aterrada.

–Iré donde tú vayas, pero no voy a negarte que tengo miedo. No soy un valiente como el conde de Roca, tal vez deberías considerar lo que es más conveniente para ti.

–No hay nada que pensar, Juan, eres tú a quien quiero.

–Me alegra oírtelo decir, yo también te quiero.

–Entonces no hay tiempo que perder. Saldré de inmediato y te esperaré en nuestro refugio. Iré hasta allí con mi yegua para no levantar sospechas en caso de que alguien me viera. Tú saldrás después con *Vencedor* y nos reuniremos allí. Hace frío y anochece temprano, así que pasaremos la noche en la cabaña y mañana partiremos hacia Murcia.

–Murcia está muy lejos, Inés…

–Lo sé. Tendremos que detenernos en muchas fondas a lo largo del camino, pero nos hospedaremos como marido y mujer. Tengo un buen presentimiento, todo va a salir bien.

–Ojalá tengas razón.

–No seas cenizo y no te demores.

–No lo haré.

–Ayúdame a cargar este saco en mi yegua.

–Sí, mi ama y señora –repuso él con cariño.

Inés se puso de puntillas, le dio un leve beso en los labios y, sin dejar de mirarle, se montó despacio sobre el lomo de *Esmeralda*.

–Hoy me entregaré a ti en cuerpo y alma. Ya no tendré miedo de quedarme embarazada porque a partir de hoy formaremos una familia lejos de aquí.

Juan asintió y la miró con ternura. Inés abandonó las caballerizas con ansiedad y una sonrisa en los labios: había llegado el momento de ser feliz junto a Juan, su gran amor.

✠ ✠ ✠

–Es demasiado tarde para presentarnos en el castillo de don Sancho. Tal vez fuera mejor que pasáramos la noche en la cabaña abandonada que hay en *Ríoclaro* y continuar la marcha al amanecer –anunció Alí Kan, uno de los emires árabes más joven, poderoso e influyente del territorio andalusí, que viajaba con su hermano Yeir y dos escoltas armados.

–Estoy de acuerdo, estoy cansado y los caballos también –contestó Yeir, emitiendo un bostezo.

El grupo continuó cabalgando durante una hora más a través de la arboleda que conducía al refugio, hasta que este se materializó ante sus ojos.

–Demonios, Alí, parece que se nos han adelantado. Se ve luz en la casa por la rendija de la contraventana, alguien ha debido de encender la chimenea…

–Exacto.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? Solo somos cuatro y no sabemos quién o quiénes pueden estar ahí ni para qué. ¿Sabía alguien que veníamos? Podrían ser soldados cristianos dispuestos a tendernos una emboscada. Al fin y al cabo, estamos en territorio enemigo.

Alí Kan se carcajeó.

–Mi querido hermano Yeir, traficante de esclavos y valiente marinero que no teme surcar los mares y océanos desafiando tormentas, oleaje y territorios desconocidos salvajes. ¿De verdad te asusta que haya luz en esa casucha destartalada? Me asombra tu repentina cobardía, no es la primera vez que pasamos ahí la noche y sabes que no hay mucho espacio. Probablemente nos encontremos con un viajante al que haya sorprendido la noche o algún proscrito que saldrá corriendo en cuanto nos vea aparecer… Nada que no podamos solucionar. ¿Algún problema?

–Por supuesto que no, Alí, y no vuelvas a sugerir que soy un cobarde, sabes bien que no lo soy.

–Lo sé, Yeir, estaba bromeando. No osaría decir tal cosa, en realidad te temo.

–Te creo, hermano, tengo fama en la comarca de ser incluso más cruel que tú –rio–. De todos modos, no estaría de más ser precavidos. Viajaremos en silencio y Hassan y Mustafá reconocerán el terreno y entrarán primero; es su deber proteger a sus amos.

–Estoy de acuerdo.

Los hombres ataron los caballos a los árboles, a cierta distancia de la cabaña, y avanzaron en silencio hacia ella.
Hassan, uno de los soldados, se adelantó, miró por la ventana con sigilo y regresó, haciendo esfuerzos por no reír, al lugar donde esperaba el resto del grupo.

–¿Y bien, Hassan? –preguntó Alí Kan.

–Mi señor, hay una pareja joven durmiendo como troncos en un jergón. No parece que corramos ningún peligro; más bien son ellos quienes deberían estar preocupados.

–Pillémoslos por sorpresa, puede resultar una anécdota divertida en este arduo viaje… y hay cambio de planes: quiero entrar yo en primer lugar, junto con mi hermano Yeir, y tener el privilegio de ver sus caras de espanto. Vosotros nos seguiréis de cerca.

–A la orden, mi señor –dijeron los soldados al unísono.

–Mira por dónde, Alí, puede que hasta tenga suerte y los muchachos me sean útiles para venderlos como esclavos en el mercado de *Villanevada*. Estoy escaso de mercancía.

–Tú y tus ideas absurdas, hermano, ¿cómo íbamos a aparecer en el castillo del conde de Serranublada con dos esclavos? Deja tus negocios para mejor ocasión.

–Lo que tú digas, Alí.

Alí Kan propinó una fuerte patada a la portezuela de madera carcomida, que estaba atrancada por dentro, y entró en el recinto, seguido de sus secuaces. Durante unos instantes, permaneció inmóvil, con los brazos en jarras, observando a la pareja que se había incorporado en el camastro, alertada por

el ruido. Inés y Juan se abrazaron con fuerza mientras miraban a los recién llegados con expresión de pánico.
Yeir y los guardias se desternillaron al presenciar la escena y solo Alí parecía contrariado.

–¿No te parece gracioso, Alí? –preguntó Yeir.

–Ni lo más mínimo.

–No te entiendo.

–Estos dos son la hija de don Sancho y su mozo de cuadras.

–¿Y…?

Alí Kan eludió decir que hacía tiempo que estaba enamorado de la muchacha, pero nunca se había atrevido a pedir su mano porque sabía que su progenitor se negaría en redondo a que se casara con un musulmán, por mucho que dijera que le tenía aprecio y ostentara el cargo de emir. Tampoco contaba el hecho de que don Sancho hubiese sido su confidente en innumerables ocasiones, por supuesto a cambio de generosas recompensas. A Alí le hervía la sangre.

–Os suplico que os vayáis, caballeros, no estamos haciendo nada malo y no tenemos nada en contra de vos –dijo Juan.
Inés bajó la cabeza, avergonzada, e intentó taparse la cara y su cuerpo desnudo con los mantones que habían utilizado como cubrecama.

–¿Quién eres tú para darnos órdenes? –inquirió Alí, clavando, iracundo, la vista en Juan.

–No queremos conflictos, mi señor. Si sois tan amables de esperar fuera hasta que nos vistamos, mi esposa y yo os cederemos gustosamente la casa –prosiguió Juan, tímidamente.

–¿Tu esposa? ¿Crees que soy estúpido? He reconocido a la mujer: es Inés, la hija de don Sancho. Y tú eres quien se ocupa de los establos. ¿A quién pensabas engañar, imbécil?
Juan comenzó a sudar, a pesar del frío inclemente de finales de noviembre. Inés sollozaba bajo la improvisada sábana.

–No era mi intención mentiros, os suplico perdón. Os ruego que no nos delatéis, don Sancho se pondría furioso, me mandaría azotar y me echaría del castillo…, y probablemente Inés corriera aún peor suerte.

–No sabes la pena que siento, muchacho –se mofó Alí Kan mientras sus compañeros reían a carcajadas–. ¿Eso es todo lo que te haría tu señor? Permíteme que lo dude.

Juan tembló al pensar en la reacción que tendría el conde si se enteraba de que se había acostado con su hija. El emir tenía razón: su castigo sería la muerte después de la tortura.

–¿Qué vais a hacer con nosotros? No suponemos ninguna amenaza para vos, ¡piedad, por favor!

–Es cierto que sois inofensivos...

–¿Entonces, nos dejaréis marchar?

–Tal vez, pero no sin condiciones.

–Vos diréis, mi señor, haré cualquier cosa que me pidáis.

–No quiero nada de ti, cretino, sino de tu ama Inés.

–¿Qué tenéis en mente? –preguntó Juan con cautela–. Inés está a mi cuidado.

–¡No soy ama de Juan ni esclava de vos, emir Alí Kan! –protestó la muchacha, furiosa, apartando el manto de su cara.

–Valiente mujer, eso os hace todavía más deseable a mis ojos. Venid conmigo a mi ciudadela: seréis la dueña de mi corazón y de todo lo que poseo, pero tiene que ser ahora, sin que lo sepa vuestro padre. No os arrepentiréis, os haré feliz. ¿Qué decís?

Inés consideró durante unos instantes la propuesta de Alí Kan. Tal vez fuera la única manera de que ella y su amante no salieran malparados de la situación en que se encontraban, pero se dio cuenta de que su sacrificio sería en vano: el emir nunca dejaría que Juan regresase con vida al castillo e informara a su padre de los acontecimientos. Tampoco don Sancho sería clemente con él, al fin y al cabo, se había fugado con su hija.

–Digo que os vayáis al infierno, Alí Kan –replicó Inés con saña.

Alí Kan la contempló con lascivia y caminó despacio hasta el catre donde aún se hallaba la pareja.

–¡No deis un paso más, mi emir! –ordenó Juan, presa de la histeria.

–¿O qué, estúpido? –se burló–. Voy a hacer mía a tu fulana.

–Alí –le susurró Yeir al oído–, no olvides el motivo por el que hemos venido a *Ríoclaro*. Don Sancho es nuestro aliado y no te perdonará que deshonres a su hija; es preferible que acabes con la vida del mozo de cuadras. Siempre podremos decir que la raptó y tuvimos que matarlo.

Alí Kan no respondió, pero pensó que su hermano tenía razón. Sin embargo, no quería renunciar a deleitarse contemplando el cuerpo desnudo de Inés y continuó caminando hacia la cama.

Alí Kan se llevó la mano al cinto y desenvainó la espada.

–¡Piedad! –exclamó ella, desesperada.

Juan no se resignaba a asumir que aquel fuera el final de su historia de amor con Inés. De debajo de la capa sacó un afilado cuchillo de cocina, saltó de la cama y, lanzando un grito desgarrador de dolor e impotencia, se lanzó con fuerza sobre el emir, hiriéndole en la pierna.

Alí se dio cuenta de que el muchacho apenas había conseguido hacerle un rasguño. Con una mueca de rabia, lo cogió del pelo y deslizó superficialmente su espada sobre la garganta de Juan, que comenzó a sangrar ligeramente: el emir deseaba arrancarle la vida, pero no quería mostrar a Inés la crueldad de la que era capaz porque ella no se lo perdonaría.

–¡Joven, márchate lejos de aquí y no vuelvas nunca! ¡Si regresas al castillo de don Sancho, será lo último que hagas, lo juro por Alá!

–No me iré sin Inés –repuso Juan con determinación.

–¿Vas a consentir que este mocoso te hable así? –preguntó Yeir con desprecio.

Alí Kan no quería exhibir debilidad ante su hermano y sus subordinados. Se había ganado a pulso ser considerado un ser despiadado y sanguinario y así debía seguir. Con un gesto, imperceptible para la pareja de enamorados, indicó a sus esbirros que podían deshacerse de él.

–Lleváoslo de aquí y dejadme a solas con la hija de don Sancho, quiero hablar con ella.

Yeir Kan y los dos escoltas sacaron a Juan del refugio por la fuerza. Protestar y oponer resistencia solo sirvió para avi-

var la diversión de los árabes, que salieron del recinto armando un gran alboroto.

–¿Vais a matarnos? –preguntó Inés con inquietud.

–¿Por quién me tomáis? Soy amigo de vuestro padre…

–¡Mi padre es un monstruo, no es ninguna garantía de que no lo vayáis a hacer!

–¿No os trata bien? ¿Por eso ibais a huir con ese criado?

–Amo a Juan.

–Sois muy joven para saber lo que es el amor verdadero, Inés. Vuestra relación con ese muchacho no habría durado, habríais pasado hambre, penurias y calamidades. No quiero eso para vos, querida, os amo desde que os vi por primera vez, aunque nunca me haya atrevido a proponeros matrimonio. No sabía que detestaseis a vuestro padre; ahora siento que tengo una oportunidad de hacer realidad mi sueño.

–Deliráis, señor emir.

–Pasaré por alto vuestra insolencia y os demostraré que no soy tan malvado como creéis…

–Os creeré si dejáis que Juan y yo sigamos nuestro camino.

–Eso es imposible. Os propongo algo mejor: proporcionaré dinero a vuestro amante y podrá rehacer su vida como honorable caballero, lejos de aquí, mientras que vos regresaréis a casa y permitiréis que os corteje…

Inés era consciente de que solo cediendo a la proposición del emir lograría que Juan conservara la vida.

–Está bien, Alí, me casaré con vos si liberáis a Juan y dejáis que se marche con los bolsillos llenos, ¡prometédmelo!

–¿Don Sancho accederá a nuestro casamiento? –inquirió el emir, dubitativo.

–Mi padre hará todo lo que yo diga… Soy su debilidad –mintió.

–Sí, ya me habéis comentado la debilidad que tiene por vos –rio–. Y, si sois su "debilidad", ¿por qué no aceptó que os desposarais con el mozo de cuadras?

–Por ser un simple caballerizo y su esclavo. Vos, en cambio, poseéis una gran fortuna y poder.

Alí Kan acercó su espada al cuello de la joven y la deslizó hasta la capa que cubría su cuerpo, dejando al descubierto su pecho generoso y bien formado.

–Os deseo, Inés, voy a tomaros ahora.

–No hasta que estemos casados –espetó ella con rotundidad–, si me ponéis la mano encima en este momento, tendréis que fornicar con mi cadáver.

El emir suspiró resignado.

–Os pido perdón. Vestíos y salgamos. Pero no pretendáis que me dé la vuelta, sé que pronto podré confiar en vos, aunque no ha llegado el momento.

Instantes después, Inés abandonó la cabaña, seguida de Alí Kan. No había nadie en el exterior, donde reinaba un absoluto silencio solo interrumpido por el sonido del viento y los animales nocturnos.

–¿Dónde están todos, Alí? –preguntó Inés, preocupada.

–Tranquila, mujer. Dejamos los caballos en el bosque a media legua de aquí. Se habrán alejado para dejarnos intimidad; pronto nos reuniremos con ellos.

Alí Kan cogió a Inés de la mano y caminaron al encuentro de los hombres: él con satisfacción y ella con miedo y tristeza. Estaba a punto de dejar marchar a Juan y romperle el corazón. Se preguntó si algún día volvería a reunirse con él, pero lo dudaba. No obstante, se obstinó en no ser pesimista y pensó que tal vez el destino les diera una nueva oportunidad.

Sin embargo, su optimismo se desvaneció en cuanto llegaron al lugar donde se encontraban los hombres que habían acompañado a Alí Kan hasta el refugio. Inés dio un alarido desgarrador. Juan colgaba, inerte, de la rama de un árbol con una soga al cuello mientras sus asesinos comían, bebían y charlaban animadamente.

–¡Juan! ¡Juan! ¡¿Qué te han hecho?! –aulló.

Inés corrió hacia el muchacho, se abrazó a sus piernas e intentó auparlo. Tenía los ojos abiertos y parecía mirarla; la joven todavía albergaba la esperanza de que siguiera vivo.

–¡Ayudadme, Alí! –suplicó entre lágrimas.

–Está muerto, Inés.

–¡No os creo, bajadlo de ahí!

Alí Kan cortó con su espada la cuerda de la que pendía Juan y lo depositó cuidadosamente en el suelo. Inés se arrodilló junto a su amante y lo cubrió de besos.

Alí se dirigió hacia la gran piedra en la que estaba sentado Yeir y lo derribó de un puñetazo.

–¡¿Qué mosca te ha picado, hermano?! ¿No era eso lo que querías? –gritó el traficante.

–¡Por supuesto que no! –vociferó el emir para asegurarse de que Inés lo oyera–. No tenía que parecer tan obvio –dijo a Yeir en un susurro.

Yeir volvió a sentarse y continuó comiendo sin inmutarse.

–Inés, cielo, está muerto, debéis aceptarlo –dijo Alí mientras se situaba a su lado, fingiendo consternación–. Os prometo que estos malnacidos pagarán por lo que han hecho cuando regresemos a la fortaleza; ahora os escoltaré hasta la seguridad de vuestro hogar.

–¿Vais a dejar a Juan ahí tirado como si fuera un perro? –se lamentó ella entre sollozos.

–Eh… no. Pero no nos conviene ni a vos ni a nosotros que lo llevemos al castillo: don Sancho montaría en cólera, le habéis traicionado actuando sin su permiso.

Inés reflexionó que Alí Kan tenía razón, pero su padre no iba a ser benévolo ni compasivo con ella, por muy amigo que fuera del emir.

–Matadme a mí también –exigió Inés, encarándose con Yeir.

–No más muertes inútiles, Inés. El ahorcamiento de este chico ha sido un lamentable malentendido que traerá consecuencias graves para los que lo perpetraron –manifestó el jefe árabe.

–¿Un malentendido, decís? ¡No os creo, yo os maldigo a los cuatro!

–¡Yeir, Hassan, Mustafá! Cavemos una fosa y demos a este pobre muchacho cristiana sepultura –ordenó el emir, esperando ganarse el aprecio de Inés.

Alí Kan reblandeció la superficie de tierra del tamaño de un hombre con ayuda de una daga y la espada y comenzó a

cavar un hoyo con sus propias manos. Su hermano y los dos escoltas le acompañaron con desgana en su tarea, mientras Inés sostenía el cadáver de Juan entre sus brazos y hablaba cariñosamente con él como si aún pudiera escucharla.

Cuando el hueco fue lo suficientemente profundo para enterrar el cuerpo, Alí caminó hacia Inés y le puso afectuosamente una mano sobre su hombro.

–Ya está todo preparado, ha llegado el momento de despediros de él para siempre.

–No me iré de aquí sin rezar una oración por su alma y no quiero que esos malditos asesinos estén presentes ni cuando su cuerpo esté cubierto de tierra ni cuando vuelva a casa.

–¿Eso quiere decir que me permitiréis que os acompañe? Rezaré con vos por él.

–Juan era cristiano…

–Rezaré en cristiano si así lo queréis.

–¿Lo haríais? –preguntó, sorprendida.

–Como ya os dije, haría lo que fuera por vos.

–No os hagáis ilusiones con lo que nunca sucederá, Alí Kan, jamás olvidaré a Juan.

"Eso está por ver, Inés, soy muy testarudo y siempre consigo lo que quiero cueste lo que cueste", pensó el emir.

–Lo único que quiero es que volváis sana y salva a vuestra casa.

Inés miró de soslayo al resto del grupo, cuyos componentes lucían una socarrona sonrisa en los labios. Después clavó la vista en Alí, que parecía sincero.

–Emir Alí Kan, quiero que estos malditos paguen con su vida por lo que han hecho –dijo ella con determinación.

–Lo harán, Inés, os lo prometo, pero primero tendrán un juicio justo en el que yo mismo los declararé culpables. Ahora no es el momento, Yeir es muy diestro con la espada y no saldríamos con vida –le susurró al oído.

–No me importa morir, ya no me importa nada –sollozó.

–¡Yeir, vete a casa con Hassan y Mustafá! Yo acompañaré a la hija de don Sancho al castillo y le explicaré lo que ha pasado.

–Querrás decir una versión de lo que ha pasado, hermano –le corrigió.

–¡Desapareced antes de que tengáis que lamentarlo! –gritó Alí, guiñándole el ojo.

Yeir y los dos esbirros montaron en los caballos con rapidez y se perdieron en la espesura del bosque.

Inés y Alí Kan se arrodillaron junto a la tumba de Juan y rezaron en voz baja hasta que despuntó el alba.

–No podemos decir la verdad a mi padre –balbuceó Inés con lágrimas en los ojos.

Alí Kan sonrió para sí al percatarse de que la muchacha empezaba a confiar en él.

–¿Puedo sugeriros cuál es "la verdad"?

–Hacedlo.

–Juan os acompañó a dar un paseo a caballo con la intención de protegeros y os atracaron unos bandidos para robaros. Nosotros pasábamos por ahí y os defendimos, pero él murió en la pelea.

–Sí, quizá sea el único consuelo que puedo ofrecer a Bermudo, su padre y sirviente personal del mío. Quiero que conserve de su hijo un buen recuerdo.

–Por supuesto. Es hora de ponernos en marcha –dijo Alí, mientras hacía la señal de la cruz.

Inés lo contempló durante unos instantes, boquiabierta.

–¿Por qué sabéis rezar como los cristianos y por qué lo habéis hecho?

–Por respeto a vos, ¿acaso Alá y Dios no es el mismo ser?

–Ojalá todos pensasen así. Volvamos a la cabaña a recoger a mi yegua; *Vencedor*, el viejo corcel que llevaba Juan, será libre el poco tiempo que le quede de vida.

✠ ✠ ✠

Condado de Serranublada, Ríoclaro

Noviembre, 1444

–¿Sigue sin aparecer mi hija, Bermudo? El conde de Roca lleva una eternidad esperando. Hace más de tres horas que le dije que estaban terminando de acicalarla y temo que la tardanza le haga perder el interés y la paciencia y acabe marchándose –dijo don Sancho, exasperado.

–Aún no ha dado señales de vida, mi señor. El capitán Nuño ha salido a buscarla con un grupo de diez soldados.

Bermudo eludió comunicarle que su hijo Juan también llevaba un día desaparecido. Estaba al tanto de lo que sentía por la hija de su amo y le aterraba que hubieran cometido una locura que podían pagar caro.

El conde de Serranublada maldijo su suerte. "¡Diez soldados!", pensó airado. Era prácticamente el grueso de su ejército. Tiempo atrás había contado con una tropa de doscientos hombres, pero uno tras otro le había abandonado para ingresar en las filas de otros nobles. Don Fernando era uno de ellos. El joven conde tenía a su disposición quinientos soldados disciplinados y magníficamente entrenados, mientras que él ni siquiera podía fiarse de los pocos que le quedaban: los consideraba a todos un hatajo de holgazanes e ineptos.

Don Sancho necesitaba la unión de su hija y el conde de Roca para volver a ser un noble respetado en la comarca de *Ríoclaro*: sin ese matrimonio ya no habría motivo para que don Fernando le perdonara su deuda. Empezaba a imaginarse a sí mismo vistiendo con harapos y pidiendo limosna como un pordiosero, repudiado por la nobleza y sin el dinero con el que le recompensaba el emir Alí Kan por confiarle los planes y estrategias militares de sus correligionarios.

Desde el recibidor, don Sancho observó con inquietud al conde de Roca, que caminaba nervioso de un lado a otro del salón que se encontraba en la planta baja, en el lado opuesto de la entrada al castillo.

–Bermudo, haré compañía a don Fernando e intentaré darle conversación. Di a la doncella que nos sirva más vino y

merienda y avísame si hay alguna novedad sobre el paradero de mi hija.

–A vuestro servicio, mi señor –dijo el criado, haciendo una reverencia mientras cerraba la pesada puerta tras de sí.

El sirviente se dirigió hacia el pasillo que conducía a la cocina y agradeció mentalmente poder ausentarse de la vivienda principal; no podía sacarse de la cabeza a su hijo Juan: si hubiese regresado, los criados lo sabrían. Su mujer lo recibió, presa de la histeria.

–¡Bermudo, oímos caballos y salimos por las cocinas. El jefe moro Alí Kan viene hacia aquí –gritó María, su esposa y sirvienta en el castillo.

–Cálmate, mujer, no es ninguna novedad que ese sarraceno visite esta casa.

–Pero sí que lo haga con Inés.

–¡¿Con Inés?! ¿Viene Juan con ellos?

–No, vienen solos. ¿Por qué debería acompañarles nuestro hijo y por qué no ha regresado aún? ¿Crees que se habrá enrolado en las filas de algún noble?

–Lo dudo, María…

–¿Sabes algo que yo no sepa, marido?

–Hablaremos después. Vayamos a abrir la puerta, tengo un mal presentimiento.

–Me estás asustando. Habla, Bermudo.

–Ahora tenemos que ocuparnos de nuestros invitados, que no se tienen en gran estima precisamente, y de la hija de nuestro amo, ¡que Dios nos asista!

María y su esposo corrieron hacia el portón y se detuvieron en seco al ver entrar a Alí Kan e Inés en el vestíbulo, manchados de la cabeza a los pies con tierra y barro.

Inés se lanzó en los brazos de María; su discurso resultaba ininteligible por el llanto.

–¿Qué ha sucedido, señor emir? –preguntó el criado, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no parecer descortés: el dolor de Inés era un mal augurio.

–A tu ama Inés y a tu hijo les asaltaron por el camino mientras daban un paseo a caballo. Afortunadamente, yo ve-

nía hacia casa de don Sancho, pero ya habían asesinado a Juan cuando me topé con ellos –dijo sin preámbulos.

A Bermudo se le hundió el mundo. Con lágrimas en los ojos, se giró hacia su mujer y la vio desmayada en el suelo mientras Inés la zarandeaba suavemente para que volviera en sí. El criado consideró preguntar a la muchacha si eran ciertos los hechos relatados por el emir, pero lo dejó correr. Ya no importaba: saber la verdad no iba a devolver la vida a su hijo.

–Atended a vuestra esposa y a la muchacha, Bermudo. Supongo que mi amigo Sancho estará en el salón o en su dormitorio. De cualquier modo, conozco la casa. No es necesario que me acompañéis, y menos en estas trágicas circunstancias.

–Mi señor está reunido con el conde don Fernando de Roca –le informó el criado.

–Qué contratiempo…, ¿queréis decir que no voy a ser bien recibido?

Bermudo se encogió de hombros por respuesta. En aquel momento lo que menos le importaba era que esos hombres se peleasen o matasen entre ellos, pensó que quizá incluso lo deseara.

–Haced lo que creáis más oportuno –repuso el sirviente con sequedad.

–Eso haré… Acabo de decidir que será Inés quien me guíe hasta el salón, así podréis retiraros a llorar vuestra pérdida –dijo el emir con indiferencia.

Inés se puso de pie, se separó con pesar de la doncella y su esposo y se situó al lado de Alí Kan.

Bermudo y su mujer abandonaron el recibidor, fundidos en un abrazo.

–¿Qué habéis contado a vuestros criados? ¿No os habréis ido de la lengua? –la interpeló Alí.

–Por vuestra forma de hablar, veo que no os mostráis tan comprensivo conmigo como momentos atrás, emir. No os preocupéis, he dado a María la versión de los hechos que acordamos: una más piadosa. Le he hecho creer que Juan no sufrió, pero me ha preguntado dónde está enterrado y se lo he explicado. ¿Os parece mal? –replicó Inés, molesta.

–Claro que no, y ahora, por favor, venid conmigo hasta el salón donde se encuentra vuestro padre y el conde de Roca.

–No creo que sea buena idea.

–Nadie ha pedido vuestra opinión, querida. Sabéis de sobra que suelo frecuentar esta casa.

–Sí, pero cuando mi padre está solo y no es el caso.

–Tranquila, capearé el temporal.

–Qué importa ya –se lamentó ella.

Alí Kan e Inés entraron sin previo anuncio a la sala donde estaban reunidos don Sancho y el conde Fernando de Roca, que acababa de acomodarse en una butaca frente a su anfitrión.

–¿Qué diantres estáis haciendo aquí, señor emir? –preguntó don Sancho.

–¿Señor emir? Cuando vengo de visita soléis llamarme Alí a secas, creía que éramos amigos –dijo en tono burlón.

–Don Sancho le lanzó una mirada iracunda y Alí Kan rio con sarcasmo mientras se servía un vaso de vino y se acomodaba en un sillón.

–Creía que los musulmanes no bebían alcohol… –comentó Fernando, sorprendido.

–Yo sí, ¿queréis que os rellene el vaso, señor conde?

–No, gracias.

–¿Os incomoda mi presencia en esta casa? –preguntó Alí Kan, posando la vista en don Sancho y después en el otro noble.

–De ninguna manera, no os sintáis intimidados por mi presencia ninguno de los dos –dijo el joven conde de Roca–. Me consta que sois amigos, aunque intentéis mantenerlo en secreto, y en realidad no me incumbe la relación que os une. No tengo nada en contra de los musulmanes y ahora estamos disfrutando de un periodo de paz que ojalá dure siempre. Odio los enfrentamientos y las guerras, ¿no pensáis vos lo mismo, señor emir?

–Siempre que vos y los demás nobles y caballeros cristianos cejen en su empeño de conquistar nuestras tierras…

–Querréis decir reconquistar. Que yo sepa, vuestro pueblo invadió la península; nosotros ya estábamos aquí.

–Ha llovido mucho desde el siglo VIII, don Fernando. Prefiero cambiar de tema.

–Será lo mejor.

–¿Y si no? –le provocó el emir.

–¡Basta ya! ¿Vais a empezar una guerra aquí y ahora? ¿Por qué no os marcháis los dos? ¿No hemos tenido ya suficiente desgracia con la muerte de Juan? –gritó Inés, enfurecida y desolada.

–Hija mía, tienes razón, pero cálmate. Llevas los ojos hinchados y rojos como la sangre. No comprendo por qué te ha afectado tanto la muerte del mozo de cuadras.

Alí Kan e Inés cruzaron las miradas. Ambas contenían un mensaje de silencio. Los dos tenían un secreto que guardar: Inés su intento de fuga y el emir el asesinato del mozo de cuadras, que él mismo había ordenado a su hermano Yeir y a sus subordinados. El árabe no se arrepentía de haberlo hecho: sentía celos cada vez que venía a su mente la imagen de aquel chico e Inés en la cama.

Alí se dio cuenta de que cuando miraba a la muchacha se estremecía. Advirtió que estaba poseído por un sentimiento que hasta entonces desconocía. Pensó que por primera vez en su vida comprendía lo que era amar a una mujer y decidió que más pronto que tarde, Inés sería suya.

La hija de don Sancho pareció leerle el pensamiento y se sintió intimidada.

–¿Puedo retirarme a mi habitación, padre? Supongo que querréis hablar de cosas de… hombres.

–Quédate donde estás. El asunto por el que don Fernando se encuentra aquí te concierne en primera persona.

–Ciertamente… y, por lo que veo, tendremos que abordarlo delante de un extraño –se lamentó el conde de Roca, mirando con recelo a Alí Kan, que acababa de servirse otro vaso de vino y se había acomodado de nuevo en el sillón.

–Exacto, no pienso moverme de aquí.

–Por favor, Alí… –suplicó don Sancho.

–No insistáis, soy muy curioso –dijo el emir con una sonrisa entre amenazadora y sarcástica.

–Con vuestro permiso, don Sancho –dijo Fernando mientras se levantaba de su asiento.

El anfitrión lo siguió con la mirada y asintió.

El conde se dirigió hacia la silla en la que se encontraba Inés, hincó la rodilla en el suelo y le mostró un anillo de oro que llevaba grabado el símbolo del condado de Roca.

–Inés, os amo. ¿Aceptáis ser mi esposa?

La joven guardó silencio unos instantes. El día anterior le habría rechazado sin pensárselo: don Fernando era un hombre guapo, amable, culto y educado, pero había amado a Juan sin reservas. Sin embargo, él ahora estaba muerto y ella seguía deseando huir de su casa, de la tiranía de su padre y de la presencia de Alí Kan, que escudriñaba a su pretendiente con rabia.

Inés se había percatado del deseo con que la miraba el árabe desde el mismo momento en que había entrado en el refugio, pero no estaba dispuesta a brindarle la más mínima oportunidad. El emir era un hombre joven y atractivo, pero sus ojos irradiaban maldad. A Inés no le importaba que profesara otra religión, pero estaba segura de que era un desalmado y no podía arriesgarse a que su padre consintiera en ofrecérsela en matrimonio en caso de que se lo pidiese.

–Sí, don Fernando, acepto –repuso Inés, resignada.

Alí Kan estrujó el vaso de vidrio que sujetaba en su mano, haciéndolo añicos. Después, sin pronunciar palabra, se levantó rápidamente del sillón y abandonó la estancia como alma que lleva el diablo.

✠ ✠ ✠

Fortaleza de Alí Kan, Granada

Diciembre, 1444

Alí Kan caminó iracundo hacia el harén, donde residía Nabiha, su madre, y Samira, su actual esposa. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que el conde Fernando de Roca fuera a casarse con Inés, y tampoco estaba dispuesto a permitirlo.

Determinó que más pronto que tarde urdiría un plan para impedirlo y ni su madre ni su esposa serían un obstáculo para conseguir su fin.

Alí Kan había creído estar profundamente enamorado de Samira hasta que vio por primera vez a Inés. Desde entonces, fantaseaba con ella cada vez que hacía el amor con su mujer.

El emir maldijo su suerte una vez más recordando los recientes acontecimientos en *Ríoclaro*, mientras recorría el pasillo que conducía a la alcoba de su madre. Odiaba a los cristianos, y tenía poderosas razones para hacerlo. Aun así, hasta aquel momento había admirado al conde Fernando de Roca por ser un hombre pacífico que había mediado en muchas ocasiones entre cristianos y musulmanes, pero ahora lo detestaba.

Sin embargo, Alí Kan, que en su adolescencia había aspirado a llevar una vida tranquila, no deseaba la paz. Había sufrido mucho en el pasado por culpa de la nobleza cristiana: nunca olvidaría el día en el que el marqués de Silón lo citó para alcanzar una tregua y, cuando lo recibió en su castillo, le entregó el cuerpo de su padre moribundo, al que había amputado los brazos y las piernas. Su progenitor murió en su regazo, haciéndole prometer, mientras se desangraba, que le vengaría.

En aquel momento, Alí juró que no descansaría hasta ver morir al marqués del mismo modo y se propuso arrasar todo el territorio cristiano. Poco le importaría que en ellos viviesen mujeres, niños inocentes u hombres pacíficos. No podía perdonar, jamás lo haría.

Alí Kan no tardó en cumplir su promesa. Con un modesto ejército de soldados, se enfrentó al marqués de Silón, convirtiendo su majestuoso castillo en tierra calcinada. Aquello le supuso el odio de los correligionarios del marqués. En contrapartida, y por influencia de Nabiha, su madre y prima hermana del sultán, recibió el título de emir de *Al Mazerah*, que incluía los bienes y medios para engrandecer la ciudadela en la que vivía y dotarla de un poderoso ejército.

El emir entró con apatía en la habitación del harén, donde lo esperaba Nabiha.

–¿Querías verme, madre?

–Dichosos los ojos, Alí. No has puesto los pies en el serrallo en un mes. Me he enterado por Yeir de que llegaste hace tres días a la fortaleza. ¿Acaso no sabes que es tu deber darme las buenas noches todos los días? Estás faltando al respeto a la mujer que te dio la vida, y también a Samira, que te espera cada noche en su lecho; ya va siendo hora de que me des un nieto.

–Ya tienes a los hijos bastardos de Yeir –dijo él, soltando un bufido de hastío.

–Pero Yeir es informal, despreocupado e incluso más irrespetuoso conmigo que tú, por eso, puestos a elegir, prefiero que sea tu primer hijo quien herede la fortaleza y nuestras posesiones.

–¿Y qué quieres que haga, madre? Las mujeres con las que me he acostado a lo largo de mi vida son estériles. No es culpa mía si elegiste para mí esposas que estaban malditas.

–Te recuerdo que a Samira la elegiste tú…, pero puede que fuera para guardar las apariencias –dijo, pensativa.

–¿Qué estás insinuando?

–Que quizá tengas preferencia por los hombres… o que seas incapaz de tener una erección –dijo Nabiha con sorna.

–Eres una víbora. Si no fueras mi madre te abofetearía.

–Y si me abofeteases, no volverías a ver la luz del día. Sabes que tengo a mi servicio personas que me son fieles…

–No sigas, madre, me sé la cantinela y he visto muchas veces las consecuencias de tu maldad. Sé que eres una experta envenenando a quien cae en desgracia ante tus ojos, haciendo que parezca muerte natural.

–Siempre que lo he hecho ha sido para procurarte poder, bienes y riqueza. Te recuerdo que convencí al sultán para que te nombraran emir cuando murió tu padre.

–Lo sé y funcionó, pero agradecería que dejases de meterte en mis asuntos: eres mortal, no tientes tu suerte.

–Hijo mío, ¿estás amenazando a tu propia madre? –preguntó Nabiha, incrédula.

–Tal vez…

–No te creo.

–No quisiera, no me obligues.

–Deja de decir sandeces, Alí. ¿Sabes que estás muy raro últimamente? Será mejor que te retires y me dejes dormir, me cansa hablar contigo.

–Por mí puedes irte al infierno –replicó en un susurro, mientras se dirigía a la puerta.

–Yo también te deseo buenas noches, querido hijo –espetó la mujer con sarcasmo.

✠ ✠ ✠

Alí Kan caminó, malhumorado, a lo largo del pasillo del harén que conducía a la escalera que desembocaba en un espacioso patio interior que albergaba una profunda fuente de agua transparente que emanaba del manantial que discurría por la montaña, abasteciendo de agua la fortaleza. El recinto separaba el serrallo de los aposentos y lujosos salones destinados al emir, situados en el edificio principal.

Detrás del extenso jardín amurallado, que rodeaba la construcción, se encontraba el campo de entrenamiento destinado a los soldados y las barracas, donde estos vivían con sus familias.

–Bienvenido, Alí –oyó decir, con voz seductora a Samira mientras se disponía a marcharse a su dormitorio.

Alí emitió un bufido y se detuvo en seco; lo último que deseaba en aquel momento era encontrarse con ella.

Samira anduvo sensualmente hacia él y extendió la mano. Alí le ofreció la suya con resignación. De repente sintió pena por ella: había sido su gran amor y ahora estaba a punto de repudiarla.

–¿Te ibas ya a tu habitación sin siquiera darme las buenas noches?

–Buenas noches, Samira.

–Alí, mi amor. Te quiero y te deseo, pero desde hace unas semanas siento que te has ido alejando de mí. Me tienes abandonada. ¿Hay alguna razón por la que me estés evitando? –preguntó apenada.

El emir pensó que tarde o temprano tendría que contarle que su corazón ya no le pertenecía. Tal vez fuera el momento adecuado, ya que pronto llevaría a cabo los planes que tenía en mente.

–Vamos a tu alcoba, Samira.

Samira sonrió con picardía, cogió al emir de la mano y lo condujo a su habitación mientras contoneaba exageradamente sus caderas. La muchacha sabía bien que Alí Kan nunca se había resistido a sus encantos. Cada vez que se acostaba con ella elogiaba su voluptuoso cuerpo, sus grandes ojos negros, su larga melena azabache y sus pechos bien formados. Se dijo a sí misma que tal admiración no podía haber cambiado repentinamente sin una razón importante, y ella no había hecho nada para contrariarle. Sin embargo, Alí seguía con el ceño fruncido y la mirada perdida.

–No te arrepentirás, querido esposo.

El emir la contempló durante unos instantes, con remordimientos, aunque finalmente tuvo que hacer esfuerzos para reprimir una carcajada. En aquel momento, Samira y su empeño por agradarle le resultaban patéticos. Se regodeó en la certeza de que hacía tiempo que se había convertido en un ser vil y despiadado.

Samira dejó caer su túnica de seda semitransparente al suelo, dejando al descubierto su cuerpo desnudo.

–Tengo la bañera llena de agua caliente, como a ti te gusta. Entremos, luego cierra los ojos y relájate. Voy a acariciarte y detenerme en…

Alí gesticuló con la mano, haciéndola callar.

–Samira, hoy preferiría que fuéramos al grano. Quiero decir, que accedo a pasar un rato contigo en la cama, eso es todo.

–Como quieras, esposo, tus deseos son órdenes para mí –repuso ella, suspirando con resignación.

Alí se quitó la ropa precipitadamente, la atrajo hacia sí y los dos se fundieron en un abrazo mientras se acariciaban y besaban impetuosamente.

Sin embargo, Alí seguía distante. Samira se preguntó si habría otra mujer en su vida o tendría otros quebraderos de

cabeza. Reflexionó que era posible que el breve periodo de paz del que estaban disfrutando con los cristianos estuviera llegando a su fin, aunque no estaba segura de que su marido desease la paz.

Samira decidió conformarse con gozar del presente.

Inmediatamente después de hacer el amor, el emir se acomodó boca arriba en la cama, separándose de su mujer.

–Samira, voy a volverme a casar –dijo él sin preámbulos.

–¿Cómo? ¿Con quién? ¿Así de repente? ¿Vas a repudiarme?

–Responderé a todas tus preguntas con una sola respuesta. Voy a casarme con una mujer cristiana: la hija de un conde.

–¿Estás loco?

Samira recibió un inesperado bofetón en la cara por respuesta.

Samira masajeó su mejilla dolorida antes de atreverse a hablar.

–Entonces, ¿estás hablando en serio?

–Completamente. Quería que lo supieras, pero no había encontrado el momento oportuno para decírtelo. Te aconsejo que no se te ocurra comentar mis intenciones a nadie, en especial a mi madre… por la cuenta que te trae.

–Nunca hubiera podido imaginar que ibas a perdonar a los cristianos que arrebataran la vida a tu padre de una manera tan espantosa. Siempre te he oído hablar de aniquilarlos, de destruirlos… Tu cara rezuma odio cada vez que los mencionas. ¿Qué ha cambiado?

–Nada. Los cristianos siguen siendo mis acérrimos enemigos, pero quiero a Inés de *Ríoclaro* y será mi esposa, aunque sea lo último que haga en esta vida.

–¿Ella te corresponde? –preguntó Samira, tímidamente.

El emir emitió una sonora carcajada.

–¿Y qué más da?

–¿Puedo preguntar si su familia ha accedido a ese matrimonio? –inquirió la mora en un susurro temeroso.

–Su familia aún no lo sabe. Mi futura esposa es la prometida del conde de Roca, va a casarse con él dentro de dos días.

Samira se tapó la boca con la mano, sofocando una exclamación de estupor y sorpresa.

Por un momento se sintió aliviada. Era imposible que el emir se casara con la esposa de un hombre cristiano; ellos no podían tener oficialmente la cantidad de mujeres que se les antojase. Además, la cristiana iba a desposarse en dos días con un noble.

–No comprendo, Alí.

–Ni tienes por qué hacerlo. Obviamente, no voy a poder traerla a la fortaleza antes de que contraiga matrimonio con don Fernando, pero eso no va a detenerme.

–¿Qué pretendes hacer?

–Tengo un plan. Ordenaré a mis soldados de confianza que vigilen a Inés desde una distancia prudencial día y noche para conocer su rutina y, cuando menos se lo espere, la raptaré y la traeré a la fortaleza, de la que no saldrá hasta el fin de sus días.

–Dudo mucho que su esposo permita que salga sola.

–No importa, lo tengo todo calculado, no me subestimes.

–No se me ocurriría.

A Samira le hervía la sangre. Deseó decirle que ojalá muriera a manos de los cristianos en su empeño, pero permaneció callada: las palabras de Alí Kan no tenían sentido, aunque fuera un ser obstinado capaz de hacer posible lo imposible.

Alí Kan se levantó apresuradamente de la cama y se dirigió a la puerta.

–Detente, Alí. Me has contado los planes que tienes para tu futura esposa, pero no me has dicho qué va a ser de mí.

–No voy a echarte del harén, Samira, pero me divorciaré de ti. Cuando Inés llegue a la fortaleza quiero que la trates con respeto y que te comportes con ella como si fueras su amiga, aunque hacerlo te suponga un mundo. Quiero que se sienta a gusto en su nueva morada y le hables de mí de tal modo que pronto llegue a quererme.

–¿Algo más? –espetó la mujer con desprecio.

–Sí. También te hago responsable de que mantengas a raya a mi madre. Sé que ella te quiere como a una hija y valora

tus comentarios y sugerencias. Creo que eres la única persona que goza de ese privilegio. Debes estar alerta de sus maquinaciones: no me fío un pelo de que no quiera quitarle la vida a Inés a su modo peculiar, ya me entiendes.

Samira lo miró con desdén y repuso con una mueca irónica.

–Te prometo que haré lo que pueda, mi amo y señor.

–Harás más de lo que puedas y sí, Samira, eso es lo que voy a ser para ti a partir de ahora: tu amo y señor, ¿me he explicado bien?

–Claro y cristalino, señor emir.

–Adiós, Samira –dijo Alí mientras abandonaba el cuarto.

Samira se recostó en la cama, rota de dolor.

"Adiós, Alí Kan. Ojalá los cristianos te capturen y te den el tratamiento que mereces. Te deseo que sean contigo menos benévolos de lo que en su día lo fueron con tu padre. Ojalá te quiten la vida y te pudras en el infierno. ¡Maldito seas, maldito!", dijo en silencio entre sollozos.